

El mundo de Beck

Jorge Vicente Paladines

Profesor de Criminología UASB

En la primavera de 1986 y a pocos kilómetros de Múnich, la señora Ruhdorfer permitió a un joven sociólogo apostarse sobre una de las colinas con vista al lago de Starnberg. En aquel lugar, donde el cielo se confunde con el azul del lago, la idea de un mundo apolíneo es diluida bajo la profecía de lo dionisiaco. La satisfacción del progreso humano se opaca por la catástrofe de su propia tecnología. El accidente nuclear de Chernóbil no hizo más que confirmar lo que el vecino de la señora Ruhdorfer construía en su pensamiento. Había nacido la sociedad del riesgo.

Aquella crítica elaborada por Ulrich Beck fractura a la modernidad para alertar las consecuencias de su desarrollo industrial. El mundo no se enlaza para resolver con certidumbre sus problemas tangibles, sino que engendra un dilema más complejo que el de las relaciones de poder fundadas en la lucha de clases y la repartición de las riquezas. Aparecen los riesgos como situaciones inexistentes, carentes de explicaciones empíricamente comprobables y ciertas, asociadas además a la idea de un posible daño. Así, las constantes emanaciones de gas y la contaminación ambiental o el consumo de mercancías tóxicas para la salud y la naturaleza, han dibujado un nuevo escenario en la configuración de las relaciones a nivel mundial, llevando a la civilización a gestionar la previsibilidad de lo infinito.

La posibilidad de padecer un riesgo dejó de ser un fenómeno de la sociedad europea. Hace mucho tiempo que penetró las estructuras culturales, sociales e institucionales de otras latitudes. El mundo se cohesionan con más facilidad para eliminar las abundancias de los peligros o riesgos que para distribuir las abundancias de las riquezas. Sin embargo, los programas mundiales de la sociedad del riesgo son multimillonarios, cuentan con burocracias y presupuestos de estados fuertes y débiles así como de corporaciones transnacionales y organizaciones no gubernamentales. El solo discurso para evitar un riesgo vale por sí mismo aunque no existan soluciones calculables y predecibles, toda vez que los riesgos son vistos como fenómenos universales que producen un sentido de agregación inmediata, mientras que la pobreza y la miseria es relegada al ámbito de lo local o doméstico de cada pueblo.

El riesgo es global y escapa del control soberano de los estados. Cualquier amenaza nuclear o terrorista tiende a generalizar la política del presente. De esta forma, a pesar que la mayoría de los países de América Latina no han sufrido ataques como los del 11-S, los sistemas de vigilancia y seguridad de sus aeropuertos deben acoplarse para evitar un (im)probable efecto similar. No solo los países industrializados son los que hoy pueden ser tachados como productores de riesgo, sino también los del Tercer Mundo. La sociedad del riesgo desmantela a la política para sembrar en su núcleo estructuras hegemónicas de seguridad. Con ello se abre el camino a una sociedad donde todos desconfían de sí. En este nivel, el riesgo deja de cohesionar y solidarizar para escindir, separar o fragmentar individuos y colectivos.

Siendo el riesgo originariamente una abstracción, las políticas devenidas en su nombre concretizan situaciones intrusivas a la libertad de las personas. Se producen efectos donde miles son catalogados de ser un riesgo. El retorno de la incertidumbre se sale del control de los estados para ser absorbido en el contexto social. El riesgo se vuelve funcional al construir una racionalidad sin límites que termina discriminando a las personas por su estado de salud, su origen étnico o procedencia nacional. Nada más parecido a la *premodernidad* donde se acusaba a la mujer de ser enviada del diablo; por ello, la sociedad del riesgo se proyecta como la *contramodernidad* que deviene en catástrofe.

Por ello, el autor de esta teoría fue partidario de una ciudadanía universal. No escatimó en decir que los enemigos del mundo no eran los musulmanes o inmigrantes, sino quienes se oponen a los procesos de cosmopolitización. Si la sociedad del riesgo dejaba entrever que el mundo podía tener cierta autoreflexividad, por qué no pensar en un mundo posnacional. Más que una teoría es una reflexión de la que militaba también su esposa Elisabeth. Por ende, los nacionalismos no son una respuesta al malestar económico global, sino el reflejo de la crisis de identidad social y política. Es la crisis que el ex vecino del lago Starnberg divisó de su propio pueblo, el que no decidió europeizarse sino el que pretende alemanizar a Europa.

Ulrich Beck se ha ido. Murió el 1 de enero a los 70 años de edad. Sus ideas describieron una sociedad sometida a la crisis civilizatoria por los éxitos del futuro, un momento en el que al parecer no queremos estar. Enhorabuena el mundo nos da la oportunidad de vivir en el espacio de lo que es, aquel lugar hermoso en el que alguna vez un joven sociólogo se maravilló mirando un lago.